

Crecer con la lectura

Rosa M^a Maldonado Sánchez
Mestra, escritora de cuentos infantiles

EL TÍTULO de la portada del T.E nº 204 de junio de 1999 era “Libros Infantiles y Juveniles”. Jugando a la inversa con la realidad, un Pinocho que ya cobró vida, comienza a leer un cuento cuyas páginas la ocupan unos niños fotografiados en su clase también leyendo. Rememorando, de nuevo, los días 2 y 23 de abril, Día Internacional del Libro Infantil y Juvenil y Día Mundial del Libro, respectivamente, releo la revista y me sorprende gratamente que fuera éste el tema del mes, y que ocupara nada menos que ocho páginas. Sorprendida, digo, porque al analizar estos artículos hay que decir con rotunda naturalidad que en muy poco ha cambiado el panorama literario en los pequeños y los jóvenes que ocupan nuestras aulas, ¡y ha transcurrido casi una década!

Quienes conocemos el mundo educativo, sabemos que en los centros apenas queda tiempo para desarrollar los programas, mucho menos, por tanto, para transmitir el gusto por leer. Es cierto que en la LOE se da por primera vez un lugar al fomento de la lectura y el uso de la biblioteca escolar en el Título Preliminar, y se dedica todo un artículo, el 113, a las bibliotecas escolares, dotándolas de recursos materiales y con un horario de ocupación, derivando esto, además, en la elaboración de planes creados para tal fin. Hemos dado un primer paso: que el tiempo dedicado a la lectura esté contemplado en el horario lectivo, pero sigue siendo asignatura pendiente la disposición en plantilla de personal docente especializado, no sólo en documentación y biblioteconomía sino en la afición lectora. De nada sirve plantear este tema cuando lo dejemos al voluntarismo del profesorado y a que la biblioteca escolar continúe siendo la sala de audiovisuales o de apoyo educativo, pero ahora adornadas de estanterías atestadas de ejemplares diversos, que nadie te enseña a manejar. Las bibliotecas escolares necesitan la presencia de docentes o bibliotecarios escolares, expertos lectores, conocedores y entusiastas de las obras que deben presentar al alumnado, para que también ellos vayan formando su propio gusto y sean capaces de disfrutar con el “diálogo” literario por voluntad propia.

De todos modos, nunca la escuela puede suplir la responsabilidad que corresponde al entorno familiar en el acercamiento al libro, en el modelo y en el ambiente motivador; la formación ha de ser compartida. Se trata de ofrecer y al mismo tiempo provocar las necesidades que la infancia y la juventud en general no sienten. Se trata de trascender, de avanzar en espiral, de aspirar a más y mejor, no sólo de solucionar la inmediatez. Sepamos encauzar todo esto en el espacio común y abierto en que deben convertirse las bibliotecas de los centros; sin olvidar que el aula, el docente y el propio entorno social y familiar conforman el trampolín de entrada en ella.

Crecer con la lectura es abrir a los alumnos a la comunicación, al diálogo, a nuevas situaciones, a guiarles en los descubrimientos del mundo que están fuera de ellos y que debe ser compartido. Esto es, en definitiva, animar y animarse a leer, un contagio, un modelo, una afectividad más que un efecto. El problema no es familiarizar con los libros al alumnado, sino intentar que no se alejen de ellos mientras van creciendo. Por eso, no hay

que bajar la guardia en Educación Infantil y Primaria, ofrecer asesoramiento en Educación Secundaria y seguir compartiendo el gusto de hablar, recomendar, dar indicios, escuchar y oír de los libros: crecer con ellos, crecer con la lectura.

Para mayor información:

www.maldocuentos.com